

Comentario a la Carta a Judas

Martín Lutero

1,2

*Judas, siervo de Jesucristo, y hermano de Jacobo, a los llamados, santificados en Dios Padre, y guardados para Jesucristo:
Misericordia y paz y amor os sean multiplicados.*

Esta epístola se atribuye al sagrado apóstol san Judas, hermano de los dos apóstoles Santiago el Menor y Simón, los hijos de la hermana de la madre de Cristo, llamada María esposa de Santiago o Cleofás, tal como leemos en Marcos 6:3 (Cf. Mt. 13:55). Sin embargo, esta carta no parece haber sido escrita por él, ya que en ella Judas se refiere a sí mismo como un discípulo muy posterior de los apóstoles. Ni contiene nada especial más allá de apuntar a la segunda epístola de san Pedro de la cual ha tomado prestadas casi todas sus palabras. No es otra cosa que una epístola dirigida contra nuestros clérigos: obispos, sacerdotes y monjes.

3

Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos.

Es como decir: Creo necesario escribiros a fin de exhortaros a que permanezcáis, perseveréis y avancéis constantemente en la fe que una vez se os predicó. Es como si dijéramos: Tengo la necesidad de exhortaros para que permanezcáis en el camino debido. Pero también nos dice el motivo de que sea necesario.

4

Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo.

Por tanto, quiero recordaros que permanezcáis en la fe que oísteis, porque ya están empezando a venir los predicadores que introducirán otras enseñanzas aparte de la fe, tendentes a desviar deliberadamente de la fe a los inconscientes. Por ello, san Pedro también afirmó en su epístola: «Habrá entre vosotros falsos maestros que introducirán encubiertamente herejías destructoras, etc.» (2ª P. 2:1). Y dice Judas: «los que desde antes habían sido destinados para esta condenación», lo cual comprendemos perfectamente puesto que sabemos que nadie se hace piadoso y justo en razón de sus propias obras, sino únicamente a través de la fe en Cristo, confiando en que la obra de Cristo es su principal tesoro. Pero, cuando la fe se halla presente, todas las obras de los hombres deben redundar en beneficio de su prójimo; por el contrario, hay

que precaverse de las obras no tendentes al servicio del prójimo como ocurre en el caso de nuestros sacerdotes y monjes actuales. De ahí que si alguien introduce principios y obras ajenas a la doctrina de la fe, induce a error al pueblo y por ello serán condenados.

Hombres impíos que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios. El mensaje que se nos da concierne a la gracia de Dios que sostiene a Cristo ante nosotros y como Él, junto con todo cuanto posee, nos ha sido ofrecido y presentado a fin de librarnos del pecado, de la muerte y de toda adversidad, una gracia y un don otorgados a través del Evangelio que pervierten y convierten en libertinaje. Se llaman a sí mismos cristianos y muestran el Evangelio, pero al mismo tiempo, viven en un estado en el que se lanzan sin freno a la bebida, a la comida y a la vida licenciosa. Alardean: «No vivimos en un estado mundanal, sino espiritual» y bajo este calificativo y pretensión, se atribuyen todo tipo de bienes y honores y justifican todo tipo de placeres licenciosos. Ya ha empezado, dice Judas. Leemos que hace mil años, los obispos ya empezaron a desear ser señores y pretender ser tenidos en mayor estima que los cristianos comunes, cosa que también aparece en las epístolas de san Jerónimo.

Y niegan a Dios, el único soberano y a nuestro Señor Jesucristo.

San Pedro también lo dijo en su epístola. Tal como hemos oído, la negación no tiene lugar de palabra ya que de viva voz confiesan que Dios es el Señor, pero niegan a Jesucristo con sus actos y obras. Se consideran a sí mismos, no a Él, como a su propio Señor. Cuando proclaman que el ayuno, los peregrinajes, la fundación de iglesias, la castidad, obediencia, pobreza, etc., son la vía de la salvación, dirigen al pueblo hacia las obras y guardan silencio en lo que se refiere a Cristo. Es lo mismo que decir: «Cristo no os sirve para nada, sus obras no os ayudan, por eso debéis merecer la salvación a través de las vuestras». De esta forma, dice san Pedro, niegan al Señor que los ha redimido con su sangre.

5-7

Mas quiero recordaros, ya que una vez lo habéis sabido, que el Señor, habiendo salvado al pueblo sacándolo de Egipto, después destruyó a los que no creyeron. Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día; como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquéllos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno.

Como san Pedro hizo en su epístola, aquí san Judas, cita tres ejemplos, pero añade uno referente a cómo Dios guió a los hijos de Israel fuera de Egipto mediante numerosas señales milagrosas, haciéndoles perecer y exterminándolos por impíos, de manera que sólo dos sobrevivieron, incluso cuando los que habían partido y tenían 20 años o más, excedían los 600.000 hombres. Judas menciona estos ejemplos con un lenguaje aterrador, como si dijera: Muchos de los que se llaman cristianos y bajo este nombre «convierten en libertinaje la gracia de Dios», ¡cuidado con no tener que compartir la suerte de aquella gente! En verdad, desde la ascensión del papado y la supresión del Evangelio en todo el mundo, Dios ha castigado a los impíos y los ha arrojado a las fauces del mal con una plaga tras otra.

Pero cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando con él por el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda.

No obstante, de la misma manera también estos soñadores mancillan la carne, rechazan la autoridad y blasfeman de las potestades superiores.

Les llama maestros soñadores. Una persona que sueña crea imágenes y las toma por reales, pero cuando se despierta allí no hay nada. Se da cuenta de que era un sueño y no le hace caso. Así, lo que estas gentes dicen no son otra cosa que meros sueños y una vez que han abierto los ojos, verán que no tienen ningún valor. Así, cuando afirman que sus tonsuras y cogullas, su obediencia, pobreza y castidad complacen a Dios, hacen lo mismo, y ante Dios no es más que un simple sueño. Nuestro texto por tanto, les califica exactamente al decir que se ocupan sólo con sueños con los cuales no hacen más que engañar al mundo.

Pero el vicio particular con el que los apóstoles acusan al estado espiritual es el de llevar una vida no casta. Dios proclamó hace mucho tiempo que no tendrían esposas; es imposible que Dios realice tantos milagros como personas se hallan en este estado. Por tanto, no pueden ser castos. Así el profeta Daniel dijo acerca de la regla del papa en el capítulo 11:37: «Ni al deseo de las mujeres», lo cual es una característica externa, así como los sueños son internos.

Rechazan la autoridad y blasfeman de las potestades superiores. La tercera característica es su rechazo a obedecer la autoridad secular. Se nos ha enseñado que mientras vivamos en la tierra debemos someternos y obedecer al gobierno, la fe cristiana no elimina las normas seculares, por tanto, nadie puede huir de ellas. Por ello, el decreto del papa referente a las libertades de la iglesia, no es otra cosa que la ley del mal.

Esta es una de las razones por la que en el pasado esta carta se rechazó, porque se refiere a un hecho no registrado en las Escrituras, es decir, el de la pelea entre el ángel Miguel y el diablo por el cuerpo de Moisés.⁴ Se dice que se origina en el profuso relato que aparece en Deuteronomio 34:6 sobre que Dios lo enterró en un lugar desconocido hasta hoy y porque las Escrituras dicen que «nunca más se levantó profeta de Israel como Moisés con quien trataba Jehová cara a cara» (Dt. 34:10). Referente a este texto, también se ha dicho que el cuerpo de Moisés se mantuvo oculto a fin de impedir a los judíos que lo convirtieran en objeto de idolatría y que por esta razón, el ángel Miguel se opuso a que el diablo se lo llevara para revelarlo ante los judíos y que éstos lo adoraran. Y sigue diciendo Judas que aunque Miguel era un arcángel no fue tan temerario como para maldecir él mismo al diablo. Los blasfemos se mofan de la autoridad de Dios y la maldicen hasta la séptima, octava y novena generación, incluso aunque sean hombres y aunque el mismo arcángel no se hubiera atrevido a maldecir a la misma fuente de maldad, el diablo, ya suficientemente condenado con las palabras «¡el Señor te reprenda!»

Pero éstos blasfeman de cuantas cosas no conocen; y en las que por naturaleza conocen, se corrompen como animales irracionales.

Son gente tan blasfema que no saben hacer otra cosa que excomulgar, maldecir y mandar al diablo no sólo a reyes y majestades, sino a Dios y a los santos, tal como se evidencia en la bula *In Coena Domini*; ¡ignoran que nuestra salvación reposa en el amor y la fe. No pueden soportar nuestro rechazo y condena de sus obras, ni que proclamemos que sólo Cristo y sus obras pueden ayudarnos. Por tanto, prohíben e injurian toda doctrina cristiana que, por otra parte, no conocen. Pero lo que sí conocen por conocimiento natural, es decir, la celebración de las misas y cosas

parecidas, les aportan dinero y propiedades que usan como venganza, destruyéndose con ello a sí mismos y a los demás.

11

¡Ay de ellos! Porque han seguido el camino de Caín, y se lanzaron por lucro en el error de Balaam, y perecieron en la contradicción de Coré.

Caín mató a su hermano no por otro motivo sino porque era más justo que él. Pero el sacrificio de su hermano agradó a Dios, no así el suyo (Gn. 4:4, 8). Así, entrar en el camino de Caín significa depender de las propias obras e injuriar las verdaderas y matar y asesinar a quien las siga.

Y se lanzaron por lucro en el error de Balaam. Internamente, deberían confiar en la gracia de Dios, pero se desvían y vagan en todas direcciones impulsados por las obras externas sólo en aras del dinero para, como el profeta Balaam, llenar sus panzas, tal como hemos oído en la epístola de Pedro (2ª P. 2:15).

Y perecieron en la rebelión de Coré. En Números 16 leemos acerca de la rebelión de Coré y de cómo pereció junto con todo su séquito. Moisés había sido llamado y nombrado por Dios para sacar a su pueblo de Egipto y nombrado a su hermano Aarón sacerdote principal. Coré y su círculo de amigos pertenecían a la misma familia. Él también deseaba ser principal y elegido, por ello reunió 250 varones de entre los más destacados y promovieron tal rebelión que Moisés y Aarón se vieron obligados a huir. Moisés cayó arrodillado ante Dios y le rogó que no respetara el ofrecimiento de aquellos; ordenó a la congregación que se separara de ellos y dijo: «En esto conoceréis que Jehová me ha enviado para que hiciese todas estas cosas y que no las hice por mi propia voluntad. Si como murieron todos los hombres, muriesen estos, o si ellos al ser visitados siguen la suerte de todos los hombres, Jehová no me envió. Mas si Jehová hace algo nuevo y la tierra abre su boca y los traga con sus cosas y descienden vivos al Seol, entonces conoceréis que estos hombres irritaron a Jehová» (Nm. 16:28-30) y en cuanto hubo dicho estas palabras, la tierra se abrió debajo de ellos y los tragó con sus casas y a todos los hombres que habían seguido a Coré junto con todas sus pertenencias. Así que ellos y todo cuanto les pertenecía bajaron vivos al Seol. El fuego consumió a 250 hombres que se habían puesto de su parte.

Judas aplica este ejemplo a estos injuriadores que cuando hablamos contra ellos nos acusan de incitar a la rebelión, cuando son ellos mismos los causantes de tanta miseria. Cristo es nuestro Aarón y nuestro Sacerdote principal. Hemos de dejar que reine Él solo. Pero el papa y los obispos se niegan a ello, se elevan a ellos mismos, tienen la pretensión de reinar por la fuerza y se rebelan contra Cristo. Dios los castigó y la tierra los engulló y los cubrió, del mismo modo que ellos son engullidos y cubiertos por una vida de placeres, no siendo otra cosa que mundo puro y simple.

12, 13

Éstos son manchas en vuestros ágapes, que comiendo impúdicamente con vosotros se apacientan a sí mismos, nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los vientos; árboles otoñales, sin fruto, dos veces muertos y desarraigados; fieras ondas del mar, que espuman su propia

vergüenza; estrellas errantes, para las cuales está reservada eternamente la oscuridad de las tinieblas.

Con frecuencia, hemos oído lo mismo en la carta de san Pedro. Todos se afanan para que sus hijos entren en la clerecía y gocen de una buena vida y no tengan que mantenerse con el duro esfuerzo de sus manos o con la predicación, sino vivir en medio de fiestas y divertirse con los bienes que los pobres adquieren con el sudor de su frente. Uno cree que deberían ser lo mejor del tesoro de la cristiandad, y sin embargo, no son otra cosa que lacras y abominaciones. Viven bien, «lo que es bueno pertenece a nuestras panzas» y así sucesivamente. Viven sin cuidados ni temores y están convencidos de que el mal no puede alcanzarles. No alimentan a los corderos, sino que son los lobos que los devoran. Son nubes que flotan en lo alto; se sientan en tronos elevados en la iglesia como si fueran a predicar y no lo hacen; permiten que el diablo los lleve de acá para allá.

Son «árboles de otoño sin fruto», dice. No sólo no dan fruto, sino tampoco hojas. Se quedan ahí como los otros árboles, y quieren ser contemplados como obispos cristianos. Ni una palabra, ni una obra hay en ellos, sino todo su ser, incluida la raíz, está muerto. Son, además, «fieras olas del mar», del mismo modo que el viento alza y arrastra las aguas; así ellos van a donde el diablo los lleva. «Espuman sus propias vergüenzas» como una olla hirviendo. Están tan llenos de villanía que se desbordan y no pueden retener nada. Todo se les escapa. Son «estrellas errantes» como se llama a los planetas que retroceden y no siguen un curso recto y fijado. Tampoco ellos tienen un curso determinado. Su vida y sus enseñanzas no son nada, sino error con el cual se engañan a sí mismos y a todos cuantos les siguen. Por tanto, para ellos «está reservada eternamente la oscuridad de las tinieblas».

De esta forma Judas ha detallado y retratado a nuestros señores espirituales que introducen toda especie de bellaquerías bajo el nombre de Dios y de la cristiandad, se apropian de los bienes de este mundo y obligan a todos a obedecerles. :: . .

Y continúa:

14, 15

De éstos también profetizó Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impiamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él.

Esta afirmación atribuida a Enoc no se encuentra en lugar alguno de las Escrituras, por ello, algunos padres no aceptaron esta epístola, aunque ello no sea motivo suficiente para rechazar un libro.⁶ En 2ª Timoteo 3:8 san Pablo también menciona dos enemigos de Moisés, Janes y Jam-bres, cuyos nombres tampoco se encuentran en las Escrituras, pero podrían haber existido, por lo que lo dejamos pasar. Sin embargo, es cierto que desde el principio del mundo Dios siempre permitió que se comunicara su Palabra -la que promete a los creyentes su gracia y su salvación pero amenaza a los impíos con el juicio y la condena- hasta después de la ascensión de Cristo. Ahora se predica públicamente en todo el mundo. Antes del nacimiento de Cristo, Dios se reservó la línea de Adán a Abraham y de éste a David hasta el tiempo de María, madre de Cristo. Esta fue la línea que tuvo la Palabra de Dios. El Evangelio por tanto siempre se predicó, pero no tan extensamente como en los últimos tiempos.

Así ocurrió con este padre, Enoc, dedicado a la Palabra de Dios, que indudablemente recibió de su padre Adán quien la había recibido del Espíritu Santo. En Génesis 5:24, las Escrituras dicen que él «caminó con Dios» y por esta razón Dios se lo llevó y nunca más le vieron. Este hecho provocó el anuncio de que volvería antes del día del Juicio Final. Sin embargo, no ha de esperarse que ocurra a menos que se entienda que lo hará de forma espiritual, es decir, de tal modo como se predicó, se halla unido al mencionado Día como si lo estuviera viendo. Dice: «He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares», es decir, con una hueste innumerable. No puede referirse a otra cosa que al Último Día en el cual Dios vendrá con todos sus santos para llevar a cabo el Juicio. Previamente, sin embargo, no vino con aquellos, sino solo y no para juzgar, sino para dispensar su gracia.

Para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impiamente. De ningún modo se halla fuera de razón que Judas hable acerca de los falsos maestros que aparecerán antes del día del Juicio Final y señala que cuando llegue el Señor destruirá al papa y a todas sus reglas. No hay otro modo, dado que las cosas no pueden empeorar, es imposible que haya fin o mejora. De ahí que esta declaración no pueda señalar a otros que a nuestros clérigos que han inducido al mundo a error de manera tan miserable. Dado que las cosas no pueden ir peor -y aunque lo fueran- el nombre de Cristo se conservaría y toda la miseria se produciría al amparo de su nombre. Indudablemente, Judas se refiere al Juicio Final y señala a los que sufrirán el juicio. Por tanto, concluimos en que nuestros clérigos tramposos tendrán que esperar el Juicio Final, tanto si el tiempo es corto como largo.

Y de todas las cosas duras que los pecadores impíos hablaron contra él. Aquí Judas delata la vida y predicación de aquellos. Quiere decir: Hablan impía y duramente contra la llegada del Señor. Son insolentes y arrogantes y, según palabras de san Pedro, se burlan y lo injurian. No habla de su vida pecaminosa y licenciosa, sino de su naturaleza impía. El que vive sin fe, es un impío aunque lleve una vida exterior honorable. En verdad, las obras malas externas son frutos de la impiedad y son impíos aquellos que, aun brillando externamente, tienen el corazón rebosante de impiedad. Dice que el Señor castigará a estos pecadores a causa de sus enseñanzas impúdicas y tercas. Son obstinados, no permiten que nadie les guíe, duros como un yunque y constantemente condenan e injurian. Así, es evidente incluso hoy día que en su declaración, Enoc denuncia cada estado de los que existirán antes de la llegada del Día del Juicio Final.

Judas continúa:

16

Éstos son murmuradores, querellosos, que andan según sus propios deseos, cuya boca habla cosas infladas, adulando a las personas para sacar provecho.

Si alguien se niega a calificar de adecuado y razonable lo que hacen, le acusan de murmurar y buscar querrela y si no se le da a un obispo el título que cree merecer, gritan y le califican de desobediente. Hay quien no acepta su dominio ante su pretensión de tener jurisdicción sobre cuerpos y almas, usurpando la espada espiritual y la secular. Por consiguiente, no se les puede vencer ni atreverse a predicar contra ellos. Se han eximido de tasas, tributos e impuestos. Nadie puede atreverse a tocar sus propiedades y ni siquiera predicar sin antes haber pedido su permiso. Incluso si uno les ataca con las Escrituras en la mano, alegan que sólo ellos poseen el derecho a interpretarlas. Así, viven en todas partes como les place y de acuerdo con su lascivia. Sin embargo, son incapaces de perjudicarnos, no importa lo que les complacería, ya que

nos hemos sometido por igual al Evangelio y al poder secular. Ellos, en cambio, pretenden liberarse de ambos. Encima y sobre todo esto, toda su ley y normas de justicia no son otra cosa que orgullo, arrogancia en extremo e hinchada palabrería sin sentido alguno.

Adulando a las personas para sacar provecho. Es característico en ellos juzgarlo todo en función de su persona. En todas las leyes papales, del principio al fin, no encontraréis ni un solo ejemplo de un obispo humillándose ante un sacerdote. Ni hallaréis mención de ningún fruto de una vida cristiana. La esencia de todo ello es como sigue: El capellán debe estar por debajo del sacerdote, el sacerdote bajo el obispo, el obispo bajo el arzobispo, el arzobispo bajo el patriarca y el patriarca bajo el papa. Han elaborado una montaña de regulaciones acerca de la vestimenta, las tonsuras, los hábitos y el número de iglesias y beneficios que se han de tener y percibir, reduciéndolo todo a su aspecto externo. Este es el juego de niños y de payasadas que han practicado considerando un grave pecado cualquier transgresión a estas regulaciones. De ahí que Judas afirme con gran exactitud que toda su atención se concentra en una colección de máscaras. Nadie sabe nada acerca de la fe, el amor o la cruz. El hombre común, engañado y estafado, por ello, les hace donación de todos sus bienes como si los dedicaran al auténtico servicio de Dios. Esto es, son gobernados por apariencias y sólo en aras del provecho lucrativo.

17,18

Pero vosotros, amados, tened memoria de las palabras que antes fueron dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo; los que os decían: En el postrer tiempo habrá burladores, que andarán según sus malvados deseos.

Este versículo probablemente indica que esta epístola tampoco fue escrita por el apóstol Judas, ya que el escritor no se da a conocer entre los demás apóstoles, sino que habla de ellos como de hombres que predicaron mucho antes que él. De ahí que podamos presumir que algún otro hombre piadoso escribió esta epístola, alguien que había leído la de san Pedro y tomó algunos versos de éste.

Ya hemos mencionado que los que se mofaban eran los seguidores de sus propias pasiones, no sólo de las carnales sino de las propias de una vida impía. También hemos dicho que hacen cuanto les place sin respetar ni al poder secular ni a la Palabra de Dios, que no paran mientes ni en la regla interna ni en la externa, ni en la divina ni en la humana. Conducidos por el diablo, flotan en el aire entre los cielos y la tierra.

19

Éstos son los que causan divisiones; los sensuales, que no tienen al Espíritu.

Aquí las palabras del autor coinciden con las escritas por Pedro, las que aluden a las herejías destructivas (2ª P. 2:1), las que se apartan y destruyen la unidad de la fe. No les satisface el común estado cristiano en el cual uno sirve a otro, sino que establecen estados diferentes pretendiendo con ello servir a Dios. Son gente sensual y bestial sin más espíritu y comprensión que un caballo o un asno. Únicamente se rigen por su mente carnal, no poseen nada de la Palabra de Dios que pudiera guiarlos y bajo la cual podrían vivir.

20, 21

Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna.

En unas pocas palabras resume lo que debe ser una genuina y completa vida cristiana, siendo la fe los cimientos sobre los cuales se construye. Construir significa aumentar día a día el conocimiento de Dios y de Jesucristo conseguido a través del Espíritu Santo. Una vez hemos realizado la construcción de este modo, no debemos llevar a cabo ni una sola obra con el propósito de merecer nada o ser salvos por ella, sino que todas han de practicarse en beneficio de nuestro prójimo. Hemos de esforzarnos en no abandonar el amor como hacen esos necios que organizan unas obras y una vida especiales y con ellas apartan a la gente del amor.

Esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna. Esta es la esperanza: aquí empieza la santa cruz. Hemos de organizar nuestra vida de tal modo que no sea más que una espera constante y esperanzada de la vida futura. Sin embargo, esta espera ha de centrarse en la misericordia de Dios, basándonos en Él, a fin de que pueda ayudarnos en esta vida para la que ha de venir por pura misericordia, no por obra ni mérito algunos.

22,23

A algunos que dudan, convencedlos. A otros salvad, arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con temor, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne.

Judas quiere decir: tened compasión de algunos, es decir, dedicad vuestra vida a tener compasión de los desgraciados, ciegos o endurecidos. Que no os complazca ni os alegre su condición. Dejadles seguir su camino, pero apartaos y ni tengáis contacto con ellos. De otros, sin embargo, que os parezca que tienen algo que salvar, hacedlo con temor, tratadles amistosa y cordialmente, como Dios os trata a vosotros. No utilicéis la fuerza y no seáis impetuosos, pero tratadlos como gente hundida en el fuego. Debéis sacarlos de allí y rescatarlos con todo el cuidado, razón y diligencia. Si se niegan a ser extraídos del fuego, dejadles y compadecedlos, no los condenéis a la hoguera o a la muerte como hacen el papa y los inquisidores.

Aborreciendo aun la ropa contaminada con su carne. Hemos recibido al Espíritu Santo a través de la fe y hemos quedado limpios, pero en tanto proseguimos con nuestra vida aquí, nuestro viejo saco, nuestra carne y sangre, sigue adherida a nosotros, sus lascivias no cesan. Esta es la ropa contaminada que debemos dejar de lado mientras vivamos.

24, 25

Y aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén.

Esta es la conclusión de la epístola. Orar, desear y dar las gracias por cuanto los apóstoles han escrito, enseñado, exhortado y profetizado. En estas epístolas hemos visto lo que constituye la verdadera vida y doctrina de Cristo y lo que son las falsas vidas y doctrinas no cristianas.